

Enrique Vila-Matas

“Ahora soy más consciente de lo que huía: la realidad”

El escritor “reaparece” con *Dublinesca*, una novela protagonizada por un editor que se jubila y celebra el entierro de la era Gutenberg. La obra juega con las casualidades que suscita el *Ulises* de Joyce. Por Juan Cruz

QUÉ RÁPIDO PASA el tiempo —piensa—. Miércoles, amor, enfermedad, vejez, clima, aburrimiento, lluvia...”. Esas palabras, que están en *Dublinesca*, su última novela, son de Enrique Vila-Matas, y aunque esta obra es ficción, y él quiere que sea ficción absoluta, parecen un retrato interior de su propio avatar. Aunque prefiere que no se dramatice la circunstancia, por este barcelonés de 61 años transcurrió una enfermedad seria, y de algún modo ese malestar añadió al miércoles, al amor, a la vida, en definitiva, los sentimientos que aparecen cuando a la vuelta de la esquina se ve el bulto oscuro de un porvenir incierto. Él salió bien del acontecimiento, y antes y después estuvo escribiendo esta novela, que es sobre un viaje, y no sólo metafórico. El protagonista, Samuel Riba, es un editor que decide jubilarse —a la misma edad que el novelista—; desde esa distancia que le da la decisión de decir adiós a todo eso, junta a unos amigos y se va a Dublín, a celebrar el entierro de la era Gutenberg, en torno a las casualidades que concita el extraordinario *Ulises* de James Joyce, una novela fundamental en el siglo XX, emparentada además con el nacimiento del padre del editor de ficción (que nació, como el padre de Vila-Matas, al tiempo que llegaba a París el primer ejemplar de la madre de todas las novelas modernas). Lo cierto es que aquí Vila-Matas muestra de nuevo, y con un vigor que se parece al de los sueños, lo que en la propia novela se llama “fanatismo desmesurado por la literatura”.

Hablamos con él en la Librería Central, en Barcelona, reclusos en la parte más recóndita del café. Enrique Vila-Matas vive ahora, después de aquel contratiempo que ya es tan sólo memoria, mucho más adentro, como si se hubiera cambiado de habitación y hubiera pasado del cuarto de Bartleby al territorio del que Dublín, como en el libro, es una metáfora de silencio, misterio y (buena) literatura.

ría?”. Un editor que considera terminado su catálogo y, en cierto modo, su vida...

R. Si te fijas, hay muy pocos escritores que hayan *ficcionado* a los editores... En principio trabajé —como tantas otras veces he hecho— con un personaje que era escritor. Un día, cuando llevaba ya cincuenta páginas escritas, decidí transformarlo en un editor, y todo de pronto se me volvió diabólicamente diferente. Las situaciones que tenía ya escritas pasaron a poder ser interpretadas de un modo no sólo distinto sino a veces incluso perverso. Y, de golpe, pasé a divertirme mucho.

P. Cuando lo situó como escritor, ¿era usted?

R. Era un personaje de ficción, con algún punto en común conmigo. Cuando lo convertí en editor ya era una mezcla de muchos editores que he conocido.

“Ha habido un antes y un después. En el después, cuando volví a la vida, sentía que había heredado la obra de Vila-Matas”

“En ‘Dublinesca’ hay muchas apariciones. Así elimino esa idea de que mi tema es la desaparición”

ce como la imposibilidad de la escritura... los pocos meses viajé a Dublín y no di con lugar exacto del sueño. Pero lo recordé con una precisión asombrosa. No estaba allí, o no supe verlo.

P. Aparece incluso, algo deformado, nombre del pub del sueño... Y del sueño el Jabato el que salva al editor. ¿Le costó mucho abordar esos elementos autobiográficos que se perciben en la novela?

R. El libro avanzaba a medida que yo como lector del propio libro que escribí me sorprendía con el misterio de lo que iba ocurriendo a Riba... No sabía muy bien yo qué estaba ocurriendo y eso me llevaba a escribir el libro como si lo leyera. Y levemente, poco a poco, fue apareciendo esa tensión entre el editor y esa especie de sombra o de personaje que él trata de descifrar quién es que, en un primer momento, le parece que puede ser el *Genius*, esa expresión latina (el ángel custodio de los cristianos), el genio perdido que se difuminó ya en la infancia, o bien el autor genial que él siempre persiguió como editor y que no ha encontrado...

P. Entre esos rasgos autobiográficos hay abundantes referencias al alcohol, a la enfermedad, al abismo en el que uno se puede meter si no sale a tiempo. Y está el viaje, que es una metáfora muy poderosa de la novela... ¿Qué rasgos hay del Vila-Matas ser humano en esta ficción?

R. De entrada, detalles de una primera incursión que hice en Dublín meses después del sueño premonitorio... Fue al Bloomsday con los Caballeros de la Orden del Finnegans...

P. Reconozco a su amigo Eduardo Lago. ¿Quiénes más están?

R. A la Orden pertenecen también Jordi Soler, Malcolm Otero, Antonio Soler y este último año se ha incorporado Garriga Vela. Hace dos años les pedí que fuéramos a Glasnevin, el cementerio católico de Dublín, donde transcurre parte del sexto capítulo del *Ulises* de Joyce. Es la secuencia del entierro del borrachín Paddy Dignam. Ahí sucedió algo que contribuyó a poner en marcha la novela